

Ariadna y Teseo: Los juegos del Destino

Creta es luminosa. El sol se complace en bañar sus costas inmensas¹, en calentar la arena, en deslizarse por las laderas y hacer crecer los pastos y los árboles. Mientras vigilan sus rebaños para que puedan pastar sin temor de las fieras, los pastores disfrutan el radiante sol de la isla, que al caer hace brillar como el oro, cada día del año, el espléndido palacio del rey Minos, que se ve desde las colinas. A su alrededor, llena de vida, se extiende la ciudad.

En el patio del palacio, la princesa Ariadna juega alegremente con otras muchachas. Sus risas parecen de cristal cada vez que alguna de ellas encuentra a otra, escondida entre las altas columnas rojas y negras.

—¡Te atrapé! —le grita a su hermana Fedra, a la vez que la rodea con sus brazos.

Las jóvenes festejan, y comienzan a correr entre los que están allí ocupados en sus tareas habituales. Uno de los funcionarios del rey, que supervisa con la ayuda de su hijo la clasificación de las mercaderías que han llegado en el último barco antes de que sean llevadas a los depósitos, trastabilla² y a duras penas evita caer cuando las hermanas se cruzan con él a la carrera, perseguidas por sus amigas. Fedra se vuelve a observar al joven.

—¿Has visto cómo le brillan los ojos a Cilarses cuando te mira? —le dice con intención a Ariadna.

—¿Qué dices?

—Que el hijo de Astaleo está enamorado de ti.

—¡No digas tonterías! —responde Ariadna—. Y si así fuera, no me importa.

—¿Por qué? ¿No te parece lindo? —insiste la pequeña, encantada de molestar a su hermana.

—¡No!

Ariadna se irrita. Sabe que su padre está pensando en casarla. Ha llegado a la edad en que su madre Pasifae y su abuela ya eran esposas. Pero no hay joven en Creta que despierte su corazón, que lo agite y lo hunda en una fiebre irresistible. Eso es lo que Ariadna sueña. Sus sueños le han prometido esa emoción arrebatadora³. En ellos aparece alguien, cuyo rostro no logra entrever, cuya voz no alcanza a distinguir, pero que hace temblar todo su cuerpo. Ariadna ya ama a ese joven, y sabe con angustia que no es de allí. El hombre de sus sueños no es ninguno de los jóvenes nobles de Creta, con alguno de los cuales Minos terminará por desposarla si no ocurre un milagro.

La muchacha alza los ojos al cielo que comienza a poblarse de los colores del crepúsculo, como si esperara que de entre las nubes llegara una señal. En vez de ello, brota en ese momento un sonido terrible. Un bramido⁴ feroz, siniestramente humano, va ganando el aire hasta cubrirlo por completo. El día se apaga como huyendo de ese grito monstruoso que invoca a las sombras.

Ariadna y Fedra tiemblan, igual que sus amigas. Todos enmudecen en el patio. Saben que esta es la época señalada. Pero aunque lo mismo se repite cada año, nadie puede evitar estremecerse cuando el Minotauro reclama por sus víctimas, cuando empieza a impacientarse.

Minos también lo ha escuchado. El sonido lo enfurece. Le grita a uno de sus sirvientes:

—¡Vete ya mismo a la costa y averigua si los vigías no ven todavía ninguna nave en el horizonte!

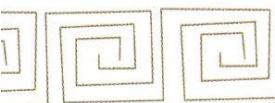
El hombre sale corriendo de la habitación: la furia del rey puede ser tan inmensa como su fama y nadie que no fuera un insensato querría quedarse a sufrir las consecuencias. Minos, una vez que se encuentra solo, descarga contra los objetos que tiene a su alcance su ira, que es también su culpa y su oprobio⁵.

¹ La isla de Creta está situada en el mar Egeo, al sur de la península griega. Con más de mil kilómetros de costas, es una de las islas más grandes de todo el Mediterráneo.
² Trastabillar es tambalear, tropezarse.

³ Aquí, arrebatadora tiene el sentido de apasionante y seductora.

⁴ El bramido es la voz del toro.

⁵ El oprobio es la vergüenza, la deshonra.



Muchos años han pasado desde el origen de esa vergüenza. Al morir el antiguo rey Asterión, Minos y sus hermanos se disputaron el trono de Creta.

—Debemos repartirnos la isla —propuso Sarpedón.

—Tienes razón —agregó Radamantis—, Creta es inmensa, y tres monarcas gobernarán mejor que uno.

—Lo que dicen no tiene sentido —los contradijo Minos—. Si piensan así, es por su falta de capacidad y de confianza. Ambas me sobran a mí, como corresponde al hijo de un dios⁶.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó airado⁷ Radamantis—. ¡Somos tan hijos de un dios como tú! ¡Tanto, que somos hijos del mismo!

—Pues por la forma como hablan, no lo parecen —contestó él.

Radamantis se enfureció. A punto estuvo de arrojarle sobre Minos, pero Sarpedón lo detuvo a tiempo.

—¡No debe ser esta la forma en que resolvamos nuestro conflicto!

Los tres hermanos se miraron por un buen rato. Cada uno pensaba qué modo de solucionar esta disputa podrían encontrar que no agudizara el problema.

Al cabo, Minos propuso:

—Estoy convencido de que los dioses me tienen destinado el trono de toda Creta. Siento que es así. Sé que es así. Y he pensado una forma de probarlo.

—¿Cómo podrías probar eso?

—Si lo que digo es cierto, los dioses me concederán ante ustedes lo que yo les pida.

Sus hermanos se miraron, incrédulos.

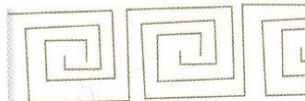
—En caso de que eso ocurra, aceptaré que el trono sea tuyo —dijo Sarpedón finalmente.

Radamantis siguió en silencio. Bajó la mirada y se quedó pensativo.

—¿Y bien, Radamantis? —le preguntó entonces Minos—. ¿Aceptas o no mi propuesta?

⁶ Minos, Sarpedón y Radamantis eran hijos de Zeus y de Europa. El rey Asterión los había adoptado y criado como propios.

⁷ Airado significa enojado, furioso.



—Está bien —respondió su hermano sin mirarlo.

Los tres bajaron entonces hasta la playa. Allí Minos dispuso todo lo necesario y le ofreció un sacrificio a Poseidón⁸.

—¡Poseidón, dios poderosísimo, escucha mi voz! —dijo—. Estoy convencido de que tú y los demás dioses del Olimpo⁹ me han destinado el reino de esta isla inmensa y maravillosa. Te pido entonces una señal, para convencer de ello a mis hermanos y que cesen las disputas entre nosotros por el trono que fue de Asterión.

Sarpedón y Radamantis seguían cada palabra de Minos, cada uno de sus gestos, con una enorme expectativa.

—Concédeme, Señor de las aguas, la prueba de que digo la verdad —exclamó él entonces—. Si es así, haz que salga de este mar, sobre el que tú reinas, un toro. Una vez que sea rey, sacrificaré ese toro en tu honor, para que todos los cretenses sean testigos del homenaje a tu gloria y tu poder.

Se revolvieron entonces las aguas como si se avecinara una tormenta. El mismo cielo pareció ensombrecerse. De pronto, desde el interior del torbellino que formaba la espuma, comenzó a emerger, lentamente, un enorme toro blanco. Un animal magnífico, de una belleza jamás vista en la tierra. Cuando pisó por fin la arena de la playa, fue caminando hasta Minos y al llegar se tendió a sus pies.

Tanto Radamantis como Sarpedón reconocieron la voluntad de los dioses, y aceptaron que su hermano llevara la corona de toda Creta.

Así fue. Pero el día en que asumió el trono, Minos faltó a su palabra: decidió conservar aquel toro espléndido, que podía ser un signo eterno de su propia grandeza. Mandó entonces ocultarlo en sus rebaños, y lo reemplazó en el sacrificio por otro de menor valor.

Enfurecido por la afrenta, Poseidón decidió vengarse.

A menudo los dioses eligen una forma indirecta de castigar a quienes cometen una falta contra ellos. Esto habría de recordarlo tristemente Minos, poco después de su intento de engaño.

⁸ En la mitología griega, Poseidón es el dios que reina en las aguas, principalmente en océanos y mares.

Se lo solía representar portando un tridente.

⁹ Olimpo es el nombre de varios montes del mundo griego. Con este nombre se denominaba la morada de los dioses.

Poseidón sumió¹⁰ a Pasifae en la locura, una locura tremenda e insólita¹¹: al ver aquel toro majestuoso en el rebaño de su esposo, cayó en un deseo irrefrenable por el animal. Cuando volvió al palacio, mandó que buscaran a Dédalo¹² para que se presentara ante ella.

—Debes hacer algo por mí —le ordenó.

—Dime lo que quieres, reina —respondió Dédalo con una inclinación—, y pondré todo mi empeño¹³ y mi saber en complacerte.

Pasifae pidió entonces a Dédalo que construyera una ternera de madera para que fuera llevada al establo donde se encontraba el toro de Poseidón. El resultado fue tan asombroso que parecía un animal vivo. En el interior de aquel perfecto simulacro¹⁴ se ocultó la reina. Pasifae consiguió de esta forma satisfacer su enloquecido amor.)

De aquella unión monstruosa nacería el Minotauro: un ser con cuerpo de hombre y cabeza de toro.

Habiendo comprendido Minos que ese era el castigo que el dios le enviaba por su ingratitud, no se atrevió a matar a la criatura. Dédalo debió construir un enorme Laberinto, de innumerables e intrincados¹⁵ corredores y enormes murallas. Tan enmarañados eran los pasadizos, tan confusa la disposición de sus salas, que nadie salvo Dédalo habría sido capaz de encontrar la salida. Allí fue encerrado el Minotauro, fuera de la vista de los cretenses.

Pero faltaba resolver cómo saciar la furia voraz del monstruo.

Egeo caminaba abatido por su palacio. Sin darse cuenta, llegó hasta las murallas y desde lo alto contempló su ciudad, la hermosa ciudad que tanto amaba. Atenas entera le pareció lúgubre¹⁶. Hacía días que los ojos de Egeo estaban ensombrecidos por la pena y el dolor. Había llegado la fecha. Había llegado el momento de aprontar

una negra nave de negras velas para que llevara a Creta el más funesto¹⁷ cargamento.

Cada año ocurría lo mismo en esta fecha precisa, cada año desde que Minos le había exigido siete jóvenes y siete doncellas como tributo¹⁸, para que fueran devorados por el Minotauro.

No había tenido alternativa. Egeo lo sabía muy bien. De no haber aceptado, la ciudad entera y todos sus súbditos habrían caído, destruidos por el inmenso poder del rey de Creta. Pero igualmente no encontraba consuelo.

Sumido en su dolor, no oyó los pasos que se acercaban hasta él.

—Padre, ¿qué haces aquí, solo?

—¡Teseo, amado hijo! —respondió el rey en cuanto se repuso de la sorpresa, y abrazó al muchacho.

—¿Qué ocurre? Tiembles, y tu voz suena débil como una flor marchita y moribunda.

—Lo sabes muy bien, Teseo —contestó Egeo—. Ha llegado el día, otra vez, en que debemos enviar a morir a nuestros jóvenes, por el capricho de un rey y la ferocidad de un monstruo.

Teseo hizo silencio. El rey se esforzaba para no sollozar.

—Padre —dijo finalmente Teseo—. Desde hace algún tiempo se fue apoderando de mí una idea. Hoy es una determinación.

—¿De qué hablas?

—Quiero que me envíes en ese barco.

—¿Estás loco, acaso? —exclamó el rey—. ¿Pretendes que te envíe a una muerte segura? ¿A ti, a mi propio hijo?

—Sí.

—¡De ningún modo lo haré! Demasiado dolor me ha causado ya esta crueldad. Cada barco que zarpa es una parte de mi cuerpo que se mutila. No dejaré que me arranquen el corazón también. ¡Tú eres mi hijo! ¡El hijo del rey, el futuro rey! ¿Cómo podría enviarte allá?

—Entiendo lo que dices, padre, entiendo cada palabra.

¹⁷ Se considera **funesto** a algo que causa tristeza o desgracia.

¹⁸ Androgeo, hijo de Minos, había derrotado en los juegos atléticos de Atenas a todos los competidores locales, que lo habían asesinado por rencor. Minos inició entonces una guerra contra la ciudad, a la que no destruyó finalmente a cambio de un tributo destinado al Minotauro. Las distintas versiones de la leyenda varían acerca del número de víctimas y la frecuencia con la que eran enviadas.

Pero no puedo tolerar que los hombres y mujeres de Atenas vean cómo sus hijos parten rumbo a la muerte y no intentar nada. No es justo para nuestro pueblo.

Egeo escuchaba a Teseo, y poco a poco sentía que su hijo no hablaba ya como un simple muchacho. En su voz resonaban la confianza y el valor de un guerrero.

—Si soy digno hijo de un digno rey —continuó el joven—, si soy merecedor de ser rey cuando lo disponga el Destino, esta es la hora de demostrarlo. Déjame ir en ese barco, padre —suplicó—, y te prometo que terminaré con esta esclavitud. Yo volveré sano y salvo, y el dominio de Creta sobre nuestra ciudad se habrá terminado para siempre.

De este modo insistió Teseo, hasta que su padre, no sin una febril¹⁹ angustia, cedió al ruego de su hijo.

Grande fue el asombro de los atenienses cuando vieron que entre los catorce jóvenes que partían como tributo al Minotauro estaba el hijo mismo del rey. Pero la admiración fue mayor cuando todos observaron cómo Teseo saludaba y tranquilizaba a los que estaban cerca de él, cómo daba ánimos a sus compañeros de viaje.

—No se preocupen —les decía—. Yo me encargaré de que este sea el último viaje que Atenas prepara para enviar víctimas al infame²⁰ monstruo.

Cuando Teseo estaba por embarcar, su padre se acercó a abrazarlo. Parecía que lo aferraba como si hiciera un último intento por disuadirlo²¹.

—Hijo mío —le dijo Egeo por fin—, mi alma quedará hundida en las sombras hasta que tú vuelvas. Prométeme que triunfarás.

—Te lo prometo, padre —respondió él—. Ten confianza en mí, como yo tengo confianza en mi brazo.

—El barco lleva un juego de velas blancas que yo mismo he ordenado embarcar —prosiguió el rey—. Si pereces, la infausta²² nave volverá con las mismas velas, negras como nuestro dolor, con las que ahora emprende la travesía²³.

Si triunfas en la misión que te has impuesto, vuelve con las velas blancas. Yo sabré entonces que la nave te trae con vida, y mi corazón dejará antes de sufrir.

—Así lo haré —respondió Teseo, y volvió a abrazar al rey, que parecía haber envejecido más de diez años—. Pero querría que mi confianza te diera más tranquilidad para esperar mi regreso.

Sopló el viento, como si quisiera apresurar el desenlace. La nave hendió²⁴ con su proa la negrura del mar, y velozmente se dirigió al sur, hasta perderse en el horizonte.

—¡Mi señor, mi señor!

El sirviente entra atropelladamente a la cámara²⁵ del rey. Tan agitado está por la carrera, que es imposible descifrar lo que exclama a continuación.

—¡Detente! —grita Minos. En sus ojos se ve que no ha podido descansar en toda la noche—. Háblame despacio y claro, si no quieres que me enfurezca más de lo que estoy.

—¡Es la nave, mi rey! —dice el sirviente, tratando de hacerse entender—. ¡La nave de los atenienses! Los vigías acaban de divisarla en el horizonte.

—¿Están seguros? —pregunta Minos con ansiedad.

—No hay duda, mi señor. Una nave negra, con velas negras, es la que se acerca a nuestras costas.

Minos se lanza hacia fuera.

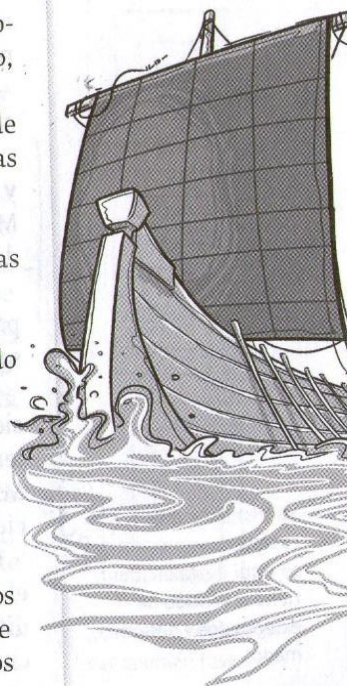
—¡Que apronten todo para el desembarco y el traslado de las víctimas!

Mientras se dirige él mismo a alertar a los sacerdotes, encargados de dar al sacrificio carácter de ceremonia, Minos siente con alivio que en sus oídos se apacigua el recuerdo del rugido de la fiera, ese sonido abominable.

En la costa, entretanto, se congrega como cada vez una multitud de curiosos. Muchos cretenses quieren observar los rostros de las muchachas y los muchachos atenienses que llegan para morir entre las fauces del Minotauro. Algunos

²⁴ En este caso, **hender** tiene el sentido de atravesar o cortar el agua.

²⁵ En los palacios, la **cámara** real era una habitación importante, a la que sólo podían entrar los nobles o los ayudantes directos del rey.



¹⁹ Aquí **febril** significa intranquila, atormetada.

²⁰ Se califica como **infame** a alguien extremadamente malvado.

²¹ **Disuadir** es convencer de no hacer algo.

²² **Infausta** significa desgraciada, infeliz.

²³ Se llama **travesía** a un viaje.

lo hacen por la satisfacción de ver una prueba más del poder de Creta. Otros llegan allí movidos por la compasión.

Entre estos últimos está Ariadna. La hija del rey se conmueve cada año con la triste imagen de los jóvenes, muchos de los cuales pisan la playa de la isla llorando sin consuelo. Desde niña le ha ocurrido.

Esta vez siente un dolor mayor; un presentimiento la ha conducido hasta allí. Tal vez sea porque ella ha alcanzado la edad de las víctimas, piensa. Tal vez ocurra otra cosa, que aún no logra vislumbrar²⁶.

La nave proveniente de Atenas se acerca a la playa. Su proa roja parece una herida de sangre que brota del negro casco, un anticipo sombrío de lo que va a ocurrir cuando los catorce jóvenes penetren en el Laberinto, para no salir jamás.

El sol de la mañana ya calienta la arena. Ariadna busca un lugar alto para contemplar la llegada. Se sienta en una roca, a la sombra. Fedra la acompaña, con una curiosidad más ingenua.

—¿Cuándo los entrarán al Laberinto? —le pregunta a su hermana.

—Hoy los mantendrán encerrados —contesta Ariadna—, y los sacerdotes se encargarán del rito de purificación. Mañana, con la primera luz del día, irán al encuentro del Minotauro.

Los soldados del rey se forman junto al barco, vigilantes, para evitar que cualquiera de los llegados pretenda huir, salvarse de su suerte.

Por fin, comienza el desembarco. Una vez en la arena, los siete muchachos y las siete doncellas comienzan a caminar lentamente hacia la ciudad, escoltados por la guardia de Minos. Ariadna observa los cuerpos y los rostros desfallecidos²⁷ de los atenienses. De todos menos uno.

El primero en pisar tierra, el primero en emprender el camino, delante de la fila acongojada que lo sigue, es diferente de todos los que han llegado antes, distinto de cuantos jóvenes ha conocido Ariadna. En su manera de

mirar a los cretenses reunidos allí no hay ningún temor, sino más bien una serenidad desafiante. Su paso es señal de una fuerte convicción. Ariadna mira a ese joven y entiende lo que el joven sabe: que no ha venido a Creta a morir.

Un estremecimiento recorre la espalda de la hija de los reyes. Algo en esa figura le resulta familiar, como los sueños que no se recuerdan por completo.

Los sueños...

La muchacha comienza a temblar. Cuanto más mira a ese ateniense, más semejante lo encuentra a esa sombra, esa figura que se le ha aparecido cada noche mientras duerme.

Cuando el joven pasa frente a ella, alza la vista. Sus ojos se cruzan con los de Ariadna, que siente cómo esa mirada le atraviesa el corazón.

El crepúsculo tiñe las paredes de las casas y las calles de la ciudad de una penumbra rosada. El palacio de Minos pierde su brillo, mientras las enormes murallas del Laberinto se visten de oscuridad. De su interior surge nuevamente el estremecedor rugido del Minotauro.

Los atenienses cautivos comienzan a sollozar al oírlo. Se abrazan unos con otros en el interior de la fría habitación en que los han encerrado, vestidos ya para el sacrificio. Teseo se pasea con firmeza de un lado a otro, tratando de calmar a sus compañeros de infortunio. Al acercarse a la puerta, descubre unos ojos que lo observan por la abertura que utilizan los guardias para vigilarlos. Pero esos ojos no son de ningún guardia. Son ojos de mujer.

—¿Quién eres? —pregunta Teseo.

—¿Quién eres? —pregunta una voz dulce desde el otro lado.

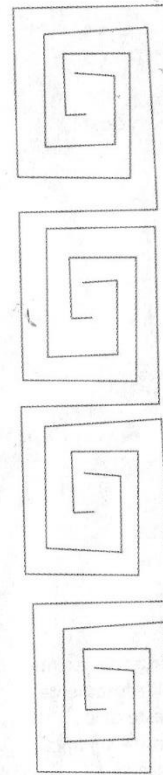
—Si quieres saber de mí, tendrás que permitir que te vea —replica²⁸ él.

Después de un instante, los ojos se apartan hacia atrás. Teseo se acerca a mirar. Parada a unos pasos de la puerta

²⁶ Vislumbrar es entrever.

²⁷ Aquí desfallecidos tiene el sentido de extenuados y desanimados.

²⁸ Replicar es responder oponiéndose.



se encuentra una de las más hermosas muchachas que ha visto en toda su vida. Teseo se da cuenta de que no ha conocido en Atenas a nadie que la iguale en belleza. De inmediato sabe que se ha enamorado de ella.

—Soy Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas. Dime quién eres tú, por favor —suplica él—. ¿Por qué no están los soldados que había aquí?

—Mi nombre es Ariadna —responde ella, y se acerca nuevamente—. Los centinelas están un poco más allá. Les he ordenado que se retiren para dejarme observar sola a las próximas víctimas del Minotauro. Mi padre es el rey.

La voz de Teseo se ensombrece:

—No me agrada saberlo —dice—. Minos es muy cruel con mi pueblo. Si vienes a burlarte de nuestra desgracia...

—No se trata de eso —lo corta Ariadna—, no es lo que tú crees. Sé cuán terrible es lo que ha hecho mi padre. Lo lamento más de lo que puedes imaginar. Me duele ver tanta muerte para complacer a un monstruo. Querría que todo esto se termine de una vez. Querría irme de aquí.

Teseo escruta²⁹ la mirada de Ariadna. Quiere cerciorarse³⁰ de su sinceridad. El corazón le dice entonces que puede confiar en la muchacha, que esos ojos no mienten.

—Te vi esta mañana en la playa —sigue ella—. No parecías tener miedo como los otros.

—Vine aquí —contesta Teseo— por un solo motivo: librar a mi pueblo de esta esclavitud.

—Nadie ha podido derrotar al Minotauro jamás.

—El Minotauro jamás ha tenido que enfrentarse conmigo.

Los dos hacen silencio durante unos momentos. Ariadna teme decir lo que desea, lo que ha venido a hacer. Por eso se alivia cuando Teseo vuelve a hablar:

—¿Realmente quieres irte de aquí?

—Es lo que más anhelo³¹.

—Si termino con el monstruo, ¿vendrás conmigo?

Ariadna no alcanza a creer que lo que escucha es real.

—¿Es cierto lo que me dices? —pregunta al fin.

—Nunca te mentaría —responde Teseo—. Jamás habría imaginado que aquí, en esta isla odiada por mí y por los míos, encontraría otra razón para mantenerme vivo.

La muchacha siente que el Destino está de su parte, que sus sueños han sido una promesa que se está por cumplir. Ahora tiene la certeza de que este es el hombre que ha estado esperando. El que ha venido a salvarla de su suerte. El hombre al que ha venido a ayudar.

—¿Me lo prometes? —dice entonces—. ¿Me prometes que cuando venzas al Minotauro me llevarás de esta isla contigo, que me harás tu esposa?

—Te lo prometo —responde Teseo—, así mi felicidad al regreso será aún más inmensa.

Ariadna se vuelve hacia el corredor: los guardias siguen lejos, despreocupados de ella, respetuosos de su orden. Busca entre los pliegues de la túnica, y saca una pequeña espada y un ovillo, que hace pasar por el hueco.

—Esto te ayudará a cumplir tu voluntad —dice en un susurro—. Escóndelo en tu ropa. Si atas el extremo del hilo en la entrada del Laberinto, sabrás cómo salir después de matar al Minotauro.

Al recibir ambas cosas, Teseo aferra las manos de Ariadna. Percibe el temblor de la muchacha.

—No temas —dice—. Ten confianza y espera mi salida. Los dioses nos reservan una vida más feliz.

Ella por fin retira sus manos lentamente, como en una caricia, lo mira con lágrimas de emoción y se aleja.

Momentos después, el eco de un nuevo rugido lejano y ansioso del Minotauro cruza la noche.

La mañana ha llegado. Los atenienses son conducidos hasta las puertas gigantescas del Laberinto. Minos preside el acontecimiento desde la altura de una peña³² adonde los sirvientes han llevado un trono de madera. En el lugar se

32 Una peña es una piedra o roca de gran tamaño.



29 Escrutar es examinar cuidadosamente.

30 En este caso, cerciorarse significa convencerse.

31 Anhelar significa desear con mucha intensidad.

ha congregado una multitud de cretenses, entre quienes se oculta Ariadna. La muchacha intenta quedar fuera del alcance de la vista del rey, pero su ansiedad la empuja a observar a Teseo. La esperanza choca en su espíritu contra la zozobra³³. No oye las palabras que dicen los sacerdotes, tampoco las de su padre, como si todo aquello fuera un rumor ininteligible³⁴.

El rito concluye, y Minos da la orden. Teseo es el primero en atravesar, con decisión, las puertas que han tenido que mover cuatro hombres juntos. Solo Ariadna percibe que el joven lleva la mano hacia su cintura justo antes de desaparecer en el interior de la monstruosa construcción.

Apenas traspone el umbral, Teseo ata un extremo del hilo en una saliente de la pared, y busca entre sus ropas la pequeña espada. Sin soltar el ovillo, desenrollándolo lentamente avanza por el primer pasadizo hacia su derecha. Detrás de él se oyen los gemidos de los otros jóvenes atenienses.

—Quédense aquí, juntos —les dice entonces Teseo—. Yo iré en busca del monstruo y lo mataré. Luego volveré aquí por ustedes. Tengan confianza. Todos volveremos vivos a Atenas.

—¿Y si el Minotauro nos encuentra en este lugar, mientras tú lo buscas en otra parte? —dice una de las muchachas.

—No nos dejes sin tu protección, Teseo —agrega uno de los varones—, nosotros no sabríamos luchar contra ese monstruo.

El hijo de Egeo los mira, y comprende que lo que dicen es cierto. Por eso ha decidido venir hasta aquí, porque sabe que nadie salvo él podría enfrentarse con la bestia y salir victorioso.

—Está bien —dice—. Caminen juntos. No me pierdan de vista. En cualquier lugar, en cualquier recodo que sea, yo seré el primero en ver al Minotauro.

33 Aquí zozobra tiene el sentido de aflicción.

34 Es ininteligible aquello que no puede ser entendido.

Teseo avanza con cautela³⁵. Los corredores son estrechos y se bifurcan constantemente: a poco de andar se da cuenta de que ha perdido la orientación. Alza la vista hacia el cielo. Tan altas son las murallas que resulta casi imposible distinguir desde dónde llega la luz del sol. Resignado, decide confiar solo en el hilo que le ha dado Ariadna. Se alegra de tenerlo con él, y a la vez siente que así está más cerca de la muchacha.

Contra lo que hubiera ocurrido con cualquier otro, cada paso que da aumenta su confianza. Solo frena un instante cuando el pasadizo por el que se desplaza desemboca en una sala amplia. En ese momento otea³⁶ los rincones para descubrir al monstruo agazapado o al acecho.

Eso ha sucedido ya cinco veces, al cabo de las cuales ha elegido siempre el segundo corredor de la izquierda para continuar su camino.

El Laberinto es inmenso. Falta poco para que el ovillo llegue a su fin cuando Teseo presiente que ya no está solo con sus compañeros. Se da vuelta rápidamente. Desde el final del pasillo en el que se encuentran, una figura espantosa corre hacia ellos.

—¡Atrás! —grita Teseo.

Los jóvenes lanzan gemidos de terror y corren a refugiarse a espaldas del héroe. Los primeros advierten que más allá se abre una nueva sala y continúan la carrera hasta alcanzar el sitio.

Echando vapor por la nariz de toro y espuma por la boca, bramando, con los ojos como fuego, el Minotauro llega hasta Teseo y se abalanza sobre él.

—¡Ven aquí, monstruo! —lo desafía el joven—. ¡Ven aquí, a encontrar tu fin!

Teseo calcula el movimiento con cuidado, y en el momento preciso salta hacia el costado, lo necesario para esquivar la embestida. Con furor, descarga toda la potencia de su puño sobre la cabeza de la bestia. El Minotauro tambalea un poco. Frena y se vuelve con rabia.

35 La cautela es la precaución.

36 Otear significa mirar o registrar con cuidado.

—¡La muerte está cerca —dice Teseo—, y ha venido por ti, criatura abominable!

El Minotauro repite la acometida. Otra vez Teseo consigue saltar de lado y le descerraja³⁷ uno, dos, tres golpes, como si su brazo fuera la poderosa maza de un herrero. El monstruo tropieza. Está apenas atontado, pero de su sien brota ya un hilo de sangre. Se vuelve entonces con torpeza hacia quien ha creído presa fácil. Teseo aprovecha la situación. (Antes de que recupere fuerzas, salta hacia el Minotauro y le hunde la espada en la garganta.) La sangre brota como un río, como si los rugidos de rabia y dolor del monstruo aumentaran su caudal.

El Minotauro cae sobre su espalda. Sus ojos van perdiendo brillo, hasta que por fin los apaga la sombra de la muerte.

Cuando están convencidos del triunfo, los atenienses corren a abrazar a Teseo, a besarle las manos. Varios se hincan³⁸ ante él. Muchos se apartan rápidamente del cuerpo del monstruo: aun muerto les inspira terror.

—No perdamos tiempo, amigos —los incita Teseo—. Todavía debemos salir del Laberinto y de esta isla aborrecida.

Recoge entonces el pequeño resto del ovillo, que ha caído a tierra durante la lucha, y con premura³⁹ lo va enrollando, para deshacer el camino de entrada.

—¡Teseo! —exclama Ariadna alborozada, y con lágrimas en los ojos corre a abrazarlo.

—Cumplí esta parte de mi promesa, Ariadna —dice él—. Ahora cumpliré el resto.

Acompañado de los muchachos atenienses, a quienes la victoria de Teseo les incrementa el coraje, el héroe se apresura a reducir⁴⁰ a los guardias cercanos al Laberinto y quitarles las armas.

A la carrera, y antes de que la voz de alarma llegue hasta Minos, alcanzan la playa. La sorpresa de los cretenses es enorme al ver con vida a quienes creían ya alimento de la



³⁷ En este caso, **descerrajar** tiene el sentido de descargar violentamente.

³⁸ Aquí, **hincarse** es ponerse de rodillas.

³⁹ La **premura** es la prisa, la urgencia.

⁴⁰ En este caso, **reducir** tiene el sentido de someter.

voracidad del Minotauro. Los que no son derrotados por Teseo y los atenienses huyen rápidamente hacia la ciudad.

El piloto de la nave de Atenas y sus hombres saludan alborozados al hijo de Egeo.

—¡No hay tiempo! —grita el héroe—. ¡Debemos zarpar antes de que lleguen las fuerzas de Minos! ¡Traigan antorchas!

Los hombres obedecen sin demora.

Unos instantes después, la negra nave de proa roja vuelve a cortar el agua rumbo a casa. Ariadna se abraza a Teseo en la cubierta y mira el horizonte, donde una nueva vida la aguarda.

—Nuestro destino está más cerca ahora, Ariadna —dice él.

En la costa, los barcos cretenses arden en llamas.

—Pon proa hacia aquella isla⁴¹ —ordena Teseo.

El timonel maniobra. La nave responde sin dificultad, y comienza a acortar la distancia que los separa todavía de la costa. Teseo ha decidido que se aprovisionen allí. El héroe y los suyos necesitan descansar, reponerse de lo vivido los últimos días para poder continuar el viaje a Atenas.

Creta ya está suficientemente lejos. Ariadna comienza a olvidar el pasado. Han quedado atrás la isla y su horror. Ahora que se ha desvanecido el peligro, los sueños que parecían imposibles se están volviendo reales.

El viento es más fresco; el día se termina.

Luego del arribo⁴², los hombres encienden fuegos en la playa y recorren las cercanías en procura de agua y víveres para el resto de la travesía. Con las otras mujeres, Ariadna busca algún lugar donde puedan pasar la noche. Tan cansada se siente, que cuando encuentra un sitio de pasto mullido, reparado por unas rocas, se recuesta y se queda profundamente dormida.

Cuando Ariadna despierta, ya es de mañana. Se incorpora, y tarda en reconocer el sitio. El aire se llena de sonidos: el canto de los pájaros, las hojas de los árboles

⁴¹ Según la mayoría de las versiones de la leyenda, se trata de la isla de Naxos.

⁴² El arribo es la llegada.

sacudidas por la brisa, el rumor del mar entre las rocas de la playa. Ariadna aguza el oído en busca de las voces de sus compañeros de viaje.

Nada.

—¡Teseo! —grita.

Algunos pájaros revolotean cerca, asustados por la voz de la muchacha. Cuando se desvanece el bullicio, las voces siguen sin aparecer.

—¡Teseo! ¡Teseo! —insiste, alarmada.

Entonces corre hacia la costa, siempre llamando y gritando, sin obtener respuesta. En los lugares donde los hombres encendieron los fuegos solo quedan cenizas, apenas humeantes. Hay rastros de movimiento en la arena, pero allí no están las mujeres, ni los hombres. Ariadna gira hacia todos lados para cerciorarse. Y con terror reconoce su situación: ya no está allí la nave. Otra vez busca, hurga el espacio con sus ojos. Finalmente la ve. Lejos, muy lejos, rumbo a Atenas, sin ella.

Ariadna cae de rodillas y llora.

—¿Qué será de mí ahora? —gime—. ¡Teseo! ¿Por qué me abandonas? ¿Por qué me dejas aquí, a mi suerte? ¿Por qué me condenas a morir perdida y sola?

Envuelta en sus propios lamentos, Ariadna no percibe que no está sola.

—¿Quién eres?

La muchacha levanta la mirada y se sobresalta. Ante ella se presenta un espectáculo pasmoso: tirado por panteras, un carro espléndido, adornado con hiedra y sarmientos⁴³ desde el cual alguien la observa, con un brillo sobrenatural en la mirada. En su mano lleva un largo bastón⁴⁴, también forrado en hiedra, que remata en una piña⁴⁵. La muchacha comprende que no se trata de un mortal, que ante sí tiene a un dios.

Alrededor del carro y hacia atrás, hay un cortejo formado por seres fabulosos. Ariadna observa las orejas en punta de varios de esos seres, desenfadados⁴⁶, burlones. Algunos

⁴³ Los sarmientos son vástagos delgados, nudosos y flexibles de la vid, de donde brotan las hojas y los racimos.

⁴⁴ A este bastón particular se lo conocía en la antigüedad con el nombre de tirso.

⁴⁵ Aquí, piña se refiere al fruto del pino.

⁴⁶ Se califica como desenfadada a una persona desenvuelta o atrevida.

tienen una cola equina. Más atrás, mujeres que llevan un bastón similar al del dios riendo desvergonzadamente, y abrazan en su desenfreno a otros seres, mitad hombre y mitad caballo⁴⁷.

—¿Quién eres? —repite el dios.

—Mi nombre es Ariadna. He sido abandonada en esta isla por Teseo, que me había prometido llevarme con él a Atenas.

Él estalla en una risa que inmediatamente contagia a su séquito⁴⁸, y la vuelve a mirar.

—Sí, ya lo sé —dice al fin. Ahora hay ternura en sus ojos—. No era ese tu destino, Ariadna.

Y luego de bajar de su carro se acerca a la muchacha y le tiende la mano.

—Yo soy Dioniso —dice con dulzura—. Tú eres la mujer más hermosa que he visto. Y quiero que vengas conmigo, para ser mi esposa.

Ariadna no sabe qué responder. Su corazón sigue prendado⁴⁹ de Teseo, pero Teseo le ha producido una herida cruel. Mientras mira al dios que espera su respuesta, le parece que esa figura no es muy distinta de la que se le aparecía en sueños. Tal vez interpretó mal esos sueños. Tal vez no era Teseo quien los habitaba. Quizá sus sueños le anunciaban a Dioniso.

Ariadna sonríe al pensar esto. Dioniso también sonríe, y la sube a su carro, para conducirla a morar⁵⁰ con él entre los dioses del Olimpo.

En la cubierta de su barco, Teseo está sombrío, cabizbajo. No ha respondido a las preguntas de sus compañeros. Temerosos de enojarlo, de provocar su ira, ellos han decidido no preguntar más. Nadie sabrá nunca por qué el héroe abandonó a Ariadna en la isla de Naxos. Algunos dicen que no estaba enamorado de ella sino de otra mujer. Hay quienes suponen, son los menos, que al no poder encon-

trarla la dio por perdida, y resignado reemprendió el viaje. Otros cuentan que un dios se le apareció y le dio la orden de dejarla allí para hacerla su esposa.

Sea como fuere, Teseo hace el resto de la travesía hundido en su tristeza. Que no ha de ser la última.



Durante varios días el rey Egeo ha escrutado el horizonte desde un acantilado del extremo sur del Ática⁵¹. Al fin la nave aparece, inconfundible. Tarda horas en hacerse más visible, mientras el corazón del rey late de ansiedad. Cuando está a la vista, el dolor se apodera de su alma.

—¡Son negras! —exclama—. ¡Las velas son negras!

Egeo no sabe que su hijo está vivo, que vuelve victorioso del enfrentamiento con el Minotauro, que en su aflicción ha olvidado cambiar las velas.

Desesperado, se arroja desde la altura y muere en las azules aguas del mar. El mar que, desde ese día, lleva su nombre.

⁵¹ El Ática es la región de la península griega donde se encuentra Atenas.

